

PRAXIS

Año 1

1975

Nº. 1

Departamento de Filosofía

Universidad Nacional

Heredia, Costa Rica

Coordinador

Olmedo España

Consejo de Redacción:

Lic. Jaime González D.

Dr. Celedonio Ramírez

Dr. Mariano García

Br. Carlos Molina

Br. Alexis Ramírez

Coordinador Artístico

Cesar Barrios

EL GUARDAESPALDAS

Nelson Marra

Por haber premiado este cuento en un certamen, por haberlo publicado en su revista, por haber sido miembro del jurado premiador, cerró la revista y ~~encarceló~~ encarceló al escritor Juan Carlos Onetti la dictadura que envilece a Uruguay desde hace varios años. La dictadura tenía razón. No se ha escrito en América quizá un cuento como éste, que muestra tan al aire y tan a fondo el encallamiento del régimen policial de Pacheco Areco y de Bordaberry. Nelson Marra toma como asunto de su obra un suceso ocurrido en el período de Pacheco Areco. Los tupamaros ajusticiaron al bárbaro jefe de la policía política Morán Charquero. El "doctor" del cuento era el pervertido Ministro Pereira Reverbel. Los tupamaros resolvieron la ejecución cuando Morán Charquero, en el colmo de su sadismo, torturó a un pobre marinero de nombre Rodebel Cabrera. Publicado el cuento, fue preso y torturado su autor por hacer una apología del relato.

El guardaespaldas del Ministro agoniza en una sala de hospital, hecho un pascón por las balas de los tupamaros. Su delirio y su muerte es lo que se cuenta. Feliz de haber sido ~~polizante~~ polizante del régimen, uno de los más crueles profesionales de la tortura, deja correr su desvarío machista, en sus recuerdos de esposo brutal, su sexualidad bestial, su moral lacayuna de cobarde torturador y asesino y con todo esto, exhibe sin misericordia las lacras del régimen. El cuento describe de mano maestra dos actos, uno hétero y otro homosexual, y éste fue un motivo de la policía para castigar su publicación. Pero no, éste fue pretexto porque el cuento - incluidos los actos de sexo - es la más feroz, certera y completa denuncia de la podredumbre moral y la crueldad política instaurada por la dictadura militar de Uruguay.

Isaac Felipe Azofeifa B.

Así con veinte plomos en el cuerpo, claro que no soy nadie, no sos nadie, no es nadie. Ninguno es nadie así, ni siquiera esa manga de hijos de puta que me encerraron con varios coches en la rambla y me la metieron bien de bien. Digo veinte plomos pero deben ser más, deben de ser cincuenta o cien o quién sabe cuántos, porque sólo recuerdo cómo sonaban las tartamudas, cómo se deshacían los vidrios y las caras de bronce que me miraban aquellos tipos, las caras de asco de aquellas minas, también. No aflojaron hasta que no me vieron tumbado.

¿Cuándo fué? Carajo, ¿Cuándo fue?, ¿ayer?, ¿hace un año?. ¿hace una hora? Seguramente fue una mañana muy fría, muy temprano, cuando conducía tranquilito mi coche hasta la Jefatura, pero ahora debo de estar muerto o inválido porque no me puedo mover, ni reconozco mi cuerpo entre estas vendas, este silencio, esas paredes blancas que me muestran tan sólo, en esto parecido a un hospital.

Aquí no hay nadie, aquí estás sólo, hermano, te embagaron bien de bien y andá que te cure Lola, porque ni siquiera podés gritar, ni ordenar como estabas acostumbrado a hacer ni pedir que te saquen de aquí, que no te querés morir solo como un perro, sino haber sacado el bufoso y haber limpiado tres o cuatro por lo menos, que no te dieron tiempo los maricas de mierda, ellos son así, te agarraron de sorpresa en plena rambla, desierta, fría, porque hacía frío me acuerdo, y te hicieron frenar contra el cordón y cuando quisiste acordar me vi aparecer qué sé yo cuantos tipos, cuántas minas que se me acercaban y se venían con tutti hasta que hice el primer arranque y se empezaron a destrozar los vidrios delanteros, empezaste a sentir los primeros impactos y sólo atinaste a ver una camioneta, tres o cuatro autos de donde bajaban los tipos y las yeguas de mierda y te viste muerto de miedo que yo nunca les tuve, sino muerto en serio, qué cosa jodida es esa cuando los ves en carne propia, cuando sentís el olor a quemado, la sangre que salta a chorros de tu propio cuerpo, la piel ardiendo, las piernas duras, las patas que parecen querer tomarse el raje mientras vos estás tumbado ahí y ape

nas alcanzás a oír la primera que te metieron todos en los motores, que ni siquiera habían apagado, mientras te quedás solo en esa rambla fría, y te quedás mientras rajaron los hijos de puta, te quedás solo, como en esa pieza. Solo.

Vamos, mové esa mano que no podés, esa pierna que está dura, esa cabeza que no gira, pero no te importe porque la cucuza la estás moviendo por dentro y eso quiere decir que estás vivito y coleando, bueno coleando no, pero vivito sí, así que los hijos de puta no pudieron contigo, hermano, si serás grande que aguantás la balacera y ni así te doblegan, si serás fuerte que todavía te vas a recuperar y los vas a ir pescando uno a uno como chorlitos, como giles que son, en tus garras van a caer y ahí sí que los vas a hacer de trapo como lo hisiste siempre, metiéndoles zurda derecha zurda derecha en el hígado hasta dejárselo hecho harina o metiéndoles la picanita en el culo, en los huevos, en las uñas, con la cabecita bien cubierta por la bolsa y después agua helada para que esos mariquitás fueran machos y aguantaran y no se te desmayaran y vuelta zurda derecha zurda derecha, vuelta picanita, vuelta agua helada, que los vas a ir agarrando uno por uno, claro que los vas a agarrar uno por uno.

La joda es que ahora estás solo y no podés gritar, no podés decirles a los que te metieron en ese cuarto blanco que te saquen, que te sentís mejor, que recobrás fuerzas aunque no puedas mover ese brazo que no sentís, ni esa pierna que no te duele, aunque no puedas girar la cabeza vendada, ni abrir del todo esos ojos nublados por una tela que no te permite ver lo que te rodea, pero te sentís bien, me siento bien, me siento bien jefe, como le gritaste al entrenador ¿te acordás? de aquel cuadro de barrio, allá en los cantegriles, después del bruto trancazo con el entreala que te quiso pasar la guinda por entre las gambas y vos, antes de que se te fuera - porque se te iba derecho al área - lo barriste y le quebraste la pata, pero vos te sentís bien y cuando se te vinieron al humo tres o cuatro - no con tartamudas, que

eso era otro tiempo - entraste a meter mano y allí vino el desparramo general, que hasta tuvieron que suspender el partido, pero vos dejaste bien sentada tu calidad de macho, de central fuerte y de capitán del cuadrito guerrero del Cante-gril Norte, que había que ganarles teniendo machos como vos, como el loco Gamboa, como el floco Ulises, como el chueco Parada y con un entrenador que decía dale pardo meté fierro, que a vos con ese lomo no te pasa nadie y vos metías, metías, llevás a puro físico la guinda hasta el medio del campo - te conocías todos los pozos, todos los yuyos sin cortar- y allí con una pisadita, para que la hinchada bramara, para que las minas del barrio se marearan por vos, colocabas el pase al - pase al trome o te corrías por el lateral y easi llegando al área - pero desde fuera, porque tenían un shut que ni te cuento - sacabas un balinazo - balinazo, balinazo, balinazo - y se la metías en un ángulo al grebano de turno, por más go- lero que fuese. Me siento bien jefe - claro que te sentías bien, aunque se hubiese suspendido el partido después de la gresca general y el entrealita gambeteador con la patita quebrada , sacado entre cuatro y cuando vos decías eso los cho- chamus del barrio te rodeaban, mientras marchaban cabizbajos- a los ranchitos de lata que hacían de ducha y las minas te seguían de lejos, pero vos ni piola, que se mueran un poco - más, que se aguantaran un poco, que después de tanta piña y de tanto trancazo tenías que refrescarte un poco mientras los borregos te seguían para terminar con los ojos grandotes, mientras te tocaban y vos sabías que te imitaban hasta en la forma de caminar y el entrenador - siempre a tu lado, cuidán- dote como una joya - ¿pero te sentís bien, pardo? hay que cuidar un poco ese temperamento, pero vos te reías porque ni- entendías lo que quería decirte y caminabas orgulloso hacia - las duchas - casitas de lata - mientras los pibes, ahora, te seguían de lejos con la mirada y las minas - vos lo sabías -- te iban a esperar al barrio, cerca del holiche, pero te ibas- a demorar, que aguantaran la calentura, que sufrieran un po- co, que esperaran, que sufrieran , sí, que sufrieran.

Que sufrieran como sufrís vos mientras creés que te in-

corporás pero es en vano porque tus músculos no responden ni sentís las piernas ni los brazos y la cabeza es sólo un enjambre de venda y de pensamientos que te llegan de lejos o de cerca mientras se van atropellando sin que vos puedas hacer nada con ellos. Te incorporás, pero no, apenas lo creés porque hay una fuerza superior que te está atrapando como las caricias de la Beba ¿te acordás? qué pipiola, con aquellas tetas imponentes que nunca te cansabas de chupar y aquellas piernas que apretaban tu miembro poniendo en juego todo tu aguante varonil para no tener que acabarle ahí nomás, qué hembra, mientras querías incorporarte pero era en vano, porque ese aroma excitante de restos de mercado que salía de sus axilas, brazos, entrepiernas de la Beba, te vencía de pura calentura, te echaba hacia atrás y te dejabas hacer, qué lindo, que te recorriera a pura teta, a puro muslo, a pura lengua todo tu cuerpo pardo y la veías caliente, recaliente, dándose entera en cada mordiscón, en cada sentadita, con aquel trasero imponentemente blanco que ponía de nuevo en condición de juego tu miembro, hasta después de todo sufrimiento te dejaba incorporan y se le quedaba solapadamente mansita mientras vos se la enterrabas hasta los intestinos - que parecía que los tocabas - y entonces era a ella que le tocaba retozar, agitarse, sufrir, aullar, bajo tu picana de fuego que lanzaba aquella lava hirviente que la dejaba diez minutos tumada en el catre hasta que la muy puta volvía por sus fueros y se arrastraba hasta los pies de la cama, empezándote a lamer con un hambre que no termina nunca, que luego era dolor, dolor ya, sólo dolor, a pesar que te parezca no sentir ese trozo de cuerpo que te queda después de tanto fuego, fuero, odio, tanta bala. Sólo dolor.

Tendrías que girar ese cuerpo, mover tu brazo enyesado, acercarlo al costado clásico donde se encuentra el revólver y empezar, ahí nomás, a pura bala, de manera de llamar la atención, despertarlos a todos: enfermeras, médicos, guardianes, monjas también, que debe haber alguna velándote de lejos. Eso, eso mismo, llamar la atención, despertarlos a todos con las denotaciones que deberían partir de esa arma que ya no está,

episodios, planificar festejos, pasar cifras, nombres, datos, con voces aflautadas o perversas, qué importa todo eso si Cecilia y la Rosa lo tienen todo, si vos defendés la ley y el orden, si la mugre está del otro lado y los diarios lo dicen, los canales de T. V. lo comentan y las radios lo afirman y tus gobernantes mediatos o inmediatos están de tu parte. Ellos te han dado confianza. Qué importan entonces los demás, qué importaría si ahora también los enfermeros, médicos, guardianes, monjas, y la Rosa y sobre todo Cecilia, te devolvieran, también, su confianza y con ella la vida que apenas vibra en los fragmentos de dedos encalados, paralíticos, expectantes.

La confianza y la vida, eso querés. La confianza. -

Confianza como la que te dio Don Carlos, ¿te acordás? - ¿Cuánto hace? No importa, era el doctor que visitaba cada cuatro años el Club cercano al Cantegril. Te sorprendió verlo llegar a Jefatura, pidiendo a gritos para hablar contigo personalmente. Te sorprendió que te llevaran a un cuartito especial para conversar con él, te sentiste importante, pero le devolvías admiración y respeto a la mirada severa de Don Carlos, a esa manera tan segura de hablarte, de dominarte, de decirte que ahora, sí, era demasiado, que sería la última vez que se jugaba por vos que además te daba la última posibilidad de redimirte, que vos eso no lo entendías muy bien. Te podía tolerar o de las pungas, los escruches, lo de alguna mina - hija de puta - que había batido que la cañesheabas, pero que ahora había un muerto de por medio y un par de heridos. El ya se había encargado de demostrar que con la sangre, vos no tenías nada que ver, que a las pungas te había llevado el reaje del barrio que tenías un fondo bueno, que había que ayudarte. Mirabas el piso como única demostración posible de agradecimiento aunque también te sentías orgullosos de tu fama de guapo, de tu fuerza física, del arrastre que tenías en la zona y el tordo por más bla, bla, bla, de decencia eso lo sabía, porque se lo habías demostrado llevándole gente al Clú, organizando la flota de camiones

para cualquier acto público y político, empujando el grito-irracional del barrio que estaba al firme en cualquier hecho de esos y cumplía, aunque fuera muriéndose de hambre, pero teniendo carta blanca para algunos rebusques -los más vivos, claro- que no le hacían mal a nadie.

A los pocos días, entonces, estabas libre, de nuevo, con un muerto auestas - era un jodido, igual, dijiste- pero libre, respirando fuerte, sintiéndote vivo, llevando las mejores pilchas en el día de la gieta que te dio el doctor en uno de sus escritorios privados - fuera del grase - río - "porque por un tiempo no debés hacerte ver ni por el barrio ni por el Club" - oyendo con asombro, la propuesta, que era una manera de devolver toda la confianza que otros te habían quitado.

Porque ahora serías guardaespaldas personal del doctor y eso era guita fuerte, las mejores pilchas y sobre to do, el respeto de la mersa que te iba a mirar de otra manera, con quienes no ibas a andar con chiquitas, porque ya em pezabas a tener poder y entonces tu fuerza y tu guapeza estarían respaldadas por un hombre ilustre, con banca en cualquier lado. Las cosas te están rodando bien, ñato, pero se te van a dar vuelta enseguida si no me cumplís como te dijo el torde, en aquella imponente sala, llena de cuadros-im mensos, alfombras espesas y objetos que vos, inconscientemente fronate, ñato -, los traducías a pesos. Esa imponente sala - a la que llamaban el estudio del doctor, los atilados funcionarios que te acompañaban - fue testigo de un verdadero acuerdo de compañeros: por un tiempo serías su custodia personal; día y noche, siguiendo sus pasos por los ministerios, oficinas, embajadas, fiestas bacanas. Por que como él te dijo "los hombres importantes y vinculados - como yo tenemos enemigos, sabés, y vos sos un tipo fuerte, impulsivo, que no le tenés miedo a nadie, si me fallás haciendo tus relajos propios te dejo en la vía y en pocos meses más, nadie te saca de la gayola, porque ya casi sos un caso perdido, pero si me cumplís no te va a faltar nada, al

contrario podés tener los mismos rebusques que ~~antes~~ pero -
con menos riesgos, con la garantía de nosotros, que somos -
gente de bien y que, además tenemos el sartén por el mango".
Te extrañó que te hablara con ese lenguaje - vos que creías
que era privativo de tu ambiente y que siempre lo oíste ha -
blar eh difícil, pero qué te importa ñato, meté pa delante -
que con ese tipo vas a llegar bien lejos - mientras hacía -
girar, suavemente, el decorado sillón de cuero, detrás del -
escritorio. Te extrañó esa sonrisa medio cínica o jodedosa -
y vos, sólo atinaste a tomarte las manos que no sabías dónde
poner, a mirar la alfombra de vez en cuando, a mirar tus za -
patos negros, puntiagudos, recién lustrados.

Claro que aceptaste cuando te lo preguntó, poniéndose -
de pie, mientras te extendía su mano blanquísima y pulposa -
que acarició tus palmas. En seguida vino el golpecito amis -
toso en tu ancha espalda - reconocible gesto ante los corre -
ligionarios del Club - mientras la obra te extendía el bufo -
so que ~~ahora~~, sí podías llevar tranquilo como una prolonga -
ción de tu cuerpo. Cuando te retirabas, tomándote de las -
solapas de tu ~~saco~~ escaso y gris, te alcanzó un nutrido fajo
de billetes - la primera mesada - y te dijo que ya empezaba
tu trabajo: en principio, pararte junto al auto de chapa -
blanca que cubría casi toda la entrada del edificio, jugar -
cada tipo que entrara o saliera y aguardar al patrón; nada -
de violencia, ~~todavía~~. Pero la confianza estaba devuelta.
Alguien creía en vos; había acudido por vos a la cárcel; te
empezaba a dar manija para que crecieras. Eso era justamen -
te lo que pensaste mientras aplastabas pecho frente al edi -
ficio: ahora estabas creciendo.

Eso era: te sentías crecer. Crecer.

Crecer como ahora está creciendo ese dolor penetrante y
agudo, casi vacío de sentido, que no podés localizar, pero -
que debe partir de alguna parte de tu cuerpo, presumiblemen -
te de tu vientre perforado, rojizo, palpitante. Junto al do -
lor, parecés intuir una extraña humedad, pausada y creciente,

parecida a la sangre y te imaginás las vendas que te cubren, tornándose de un color morado, despidiendo el pestilente aroma de la carne chamuscada y podrida. Ahora, si conjeturás que nada ni nadie podrán salvarte, recuperarte, devolverte la vida, los ccitos rutinarios con la Rosa, seguidos del castigo corporal a que te llevaba la borrachera madrugada, la cara de odio y de tristeza de Cecilia, blanca y enferma, sus vómitos nerviosos después del desayuno, tus whiskys, tus subordinados, tus trajes importados, tus armas de todos los calibres, tus patadas en el culo del primer desgraciado que cayera en tus manos. Patada en el culo, sí, previa antesala de la tortura a esos degenerados de mierda que debés ir cazando uno a uno como moscas y después como se les destruye a las moscas abombadas de calor contra el vidrio: arrancañoles un ala o apenas cualquier parte de su cuerpo, para que sigan viviendo mutiladas, hasta que te canses de su invalidez y las aplastes contra el piso.

Pero ya no se puede porque ahora está el dolor que no cede, la humedad que empapa el vientre de sangre, la cara perlada de sudor, los dedos que parecen moverse de miedo, sí de miedo. Eso es: miedo, Alcanzás a intuirlo y te asombra. Es miedo.

Miedo.

Debe ser algo parecido a lo que sintió "el piola" cuando le derrumbaste, a patadas, la puerta del rancho. Te falló en un bagayo gordo te alcanzó con que el doctor te dijera "a él, pardo, ese coso no puede andar suelto, pero lo tenemos que sacar de encima nosotros ¿entendés, pardo? es una cosa muy privada y mañana, en los diarios, debe quedar como un puterío entre maleantes, después nadie se acuerda de la muerte de un coso de éstos". Vos fuístes; claro, no te iba a importar que, cuando tenían diez años, robaran naranjas en las chacras cercanas al Cantegril ni que persiguieran gallinas distraídas por las calles de barro, que algo había que morfar. Tampoco te importó que las primeras pilchas decentes que usaste en la milonga te las pasara "el -

piola", que las primeras pungas en pareja las hicieran juntos como cuando entraban juntos al área rival, vos de centro metedor, él, de puntero zigzagueante. Todo eso era lejano y no rendía. Ahora estaba, deshecha a patadas, la puerta del rancho y ese jodido que les había fallado dejando en banda un bagayo de casi cinco millones. Ese jodido no iba a progresar nunca. Se le veía en el gesto de terror que ostentaba su jeta flaca y paliducha, cuando se sentó desnudo y sorprendido, en la cama, cuando amagó, antes de que lo miraras fijo, a tomar el bufoso de la mesita de luz, Y todavía se permitía el lujo de estar encamado con una yegua barata, que vos sabías que caminaba, aunque ella no te conociera, que por eso le perdonaste la vida. Pero a vos no, jodido de mierda, dale, levantate. Y lo mirabas con sonrisa de bronca, mientras le obligabas a salir desnudo a pleno campo, y dale, caminá - mientras comprobabas en ese cuerpo blanco, tembloroso, gastado, a un tipo muy distante del que pungereaba con vos en pareja o te metía una guinda desde el palo del corner para que vos la pusieras entre las piolas, con flor de zarzallazo. Eso te lo decía, te lo gritaba en voz bajita, te lloraba el cagón, creyendo que tu memoria lo iba a salvar, pero, seguí caminando desgraciado, Cuando la luna iluminó, plenamente, su espalda desnuda, cuando sus pasos fueron cada vez más cortitos, pelaste el largo con silenciador y lo semitivaciaste en ese cuerpo ajado, prematuramente viejo, flaco, desnutrido, Tu zapato - lleno de polvo y barro - endorsó el cuerpo del "piola" y ahí te mandaste la última broma: le encobijaste un balazo en plena verga" para que no hagás chanchadas bien de tus palabras "rata, te encamás de miedo. Cómo tenía miedo esa yira, que ya se había puesto el vestido -¿Verás? - con rapidez profesional, mientras se te quería zafar del rancho.

El miedo se lo viste en la cara despintada, en el hedor a perfume de contrabando, cuando le tapaste la salida con tu inmenso cuerpo, cubriendo el vacío que dejó la puerta del rancho. Sin decir nada, la fuiste empujando hacia el auto,-

metiéndola finalmente, dentro. Te acordás bien de tus palabras "rata", te encamás conmigo toda la noche en un mueble bien de bien, no entrás más en este barrio con ningún graso de aquí por más ventó que te ofrezca y yirás tranquila, al flaco no le pasó nada ¿no es cierto?, porque si le pasó algo a él, a vos también te va a pasar ¿entendés?. Se rió -nerviosamente, asintió, mientras seguía estrechada contra tu pecho, cuando conducías el automóvil hacia la casa de citas. Gran fiésta; esa rata debe de haber cogido como en sus mejores noches "pero, ahora te borrás, cosa".

Esos dos sintieron miedo, como vos ahora en ese cuarto blanco sin Rosa ni Cecilia, con tus ojos entrecerrados, con una tela que los cubre, como si ellos, también, estuvieran enyesados. Por eso ya ni siquiera ves las paredes blancas y apenas, intuís que alguien se acerca. Entonces deberías gritar, pedir perdón, hacerte entender, explicarles que tenés fuerza, que alcanza con que ellos te levanten de esa incómoda y envarada posición, para que vos puedas caminar, puedas volverte a sentir seguro, devuelto al hogar comentándoles a la Rosa y Cecilia que todo fue una broma de mal gusto, que hay que festejar la resurrección con una buena cena, en esos lindos lugares donde, a veces, las llevabas y que la Rosa deje la amargura de lado, porque vos estarás vivo, porque a ella nunca le faltará nada, que Cecilia no muestre su carita paliducha, sin vida, ni destrocelas miguitas de pan, ni te mire con odio y limpie, por fin, esa lágrima, para no terminar escapando de la mesa en un exceso de terror, que estamos rodeados de gente importante, con ustedes nunca se puede salir a cenar tranquilo.

Pero no, no se lo podes decir, porque nadie te arranca de esa maldita posición hirizontal. El cuerpo blanco que se acerca - una enfermera, supongamos prepara, con gesto profesional, una jeringa, mueve sus manos eficases, no escucha tus palabras que nacen mudas en tu garganta, y descubriendo una zona limitada de tu brazo, donde se encuentra la vena, introduce la aguja con fuerza, hasta que el líqui-

do te penetra, te baña, te refresca, porque ya casi no sentís, no sentís dolor. No vienen a levantarte. Es, sólo, - una inyección, ni siquiera dolor Dolor.

Aquéllos también, se desmayaban de dolor, pero la inyección servía para otra cosa, para mantener los vivos, aparentemente lúcidos, para que, en un principio, vinieran las preguntas suaves, convincentes, hechas para ~~ablandar~~ y cuando el tipo no se ablandaba venían los salivazos, las amenazas-gritadas por cualquiera sentado detrás del destartado escritorio, rodeado de tiras expectantes, ansiosos de meter - primer golpe, el más duro, el más fuerte, el decisivo, acaso.

Pero allí estabas vos, parado; mirando desde lejos, con la impunidad que te daba la tarjeta plasticada, la que te atribuía la noble condición de velador de la patria, de las instituciones, estabas vos que, en un principio, no mirabas ni pelo ni marca, pero que, con el tiempo, te enseñaron a - distinguir entre comunistas y tupamaros, entre gremialistas y subversivos, entre machos y hembras casi, te enseñaron a distinguir, animal. Te enseñaron tipos "que la iban de dolores, de cráneos", para que supieras cómo se iba a desarrollar la tortura, cuánto tiempo iba a durar, si era a muerte o no, porque vos no sabías nada de eso, vos sólo sabías meter la mano y todo era igual, uno dos uno dos, a la cocina, al hígado, unas cuantas patadas en los huevos a los hijos - de puta que te bajaban de las "chanchas" - eso ya, cuando vos eras "capo" - y a los que vos esperabas, con tus bigotes de mejicano trasnochando, con tu dentadura picada, de lumpen venido a más, con tus "tics" de boxeador guapo, amigo de presidentes y maricas.

No te asustaban las amenazas, qué te iba a asustar. - Para algo el "tordo" te metió en Jefatura y te dijo que allí no ibas a tener problemas. Ya no estabas para rateros-chicos, que la cosa política venía brava y allí se precisaban machos como vos. cojudos, bravos, sin escrúpulos, dis -

puestos a liquidar a un rata de éstos - eso cuando se for-
maron los cuadros para policiales; tus deleitables horas -
extras - en cualquier lugar de la costa, en la rambla, en
el mar o entre las rocas, aunque fuera, que bien conocías el
terreno por aquellos largas esperas en otras guardas para-
policiales, esperando a los cafishos que tenían sus festi-
cholas privadas porque "nosotros, los hombres públicos, -
también, tenemos derecho a divertirnos, con discreción, cla-
ro" como decía el doctor aquella noche de maricás y de a-
rano en la que vos fumabas en la costa, con una petita que-
les habían encajado a cada uno, junto a los dulces, los -
sandwiches y la ñeja especial, que a la era del whisky aún
no habías llegado, pero no importaba, con esa flor de pen-
deja que te hacía de todo, con los mozos solemenes que les-
bajaban el morfe y el chupi hasta la arena, mientras los -
hombres públicos - o putos como dijo el Toto - contaban y -
reían a una cuadra del mar, a una cuadra de los coitos, de
tus lengüetazos, de tus sandwiches, de esas pendejas que só-
lo habías visto en revistas, pero que ahora, en el cambio zo,
claro, eran todas tuyas, en la orilla del mar.

Una de las muchas te sorprendieron las luces del auto-
del Doctor que se encendían y apagaban, casi con furia. No
vacilaste en dejar la mina con las piernas abiertas y a los
otros con la mirada absorta. Corriste nomás, pero fiel, a
la llamada del amo. Cuando asiento de atrás - lloriquear,-
para que rápidamente lo llevases a casa. Metiste la prime-
ra y lanzaste la máquina con todo por la serena còidez de
la rambla. No preguntaste - porque ésa no era tu función -
y no pensaste mucho tampoco, cuando te aclaró que no desea-
ba ir a la casa familiar, sino al apartamento privado que -
tenía en el centro. Nunca lo habías visto así, tan débil,-
indefenso, enfermizo - eso no eran las copas, vos lo sabías
bien - tan desamparado, en fin.

Cuando ascendieron en el elevador, se te arrimó sin -
vacilaciones, mientras echaba encima de tu pecho todo su -
cuerpo blanduzco. Sus manos babosas desabotonaron tu cami-

sa, sus labios gruesos, untuosos, comenzaron a besar tu pecho, a succionar cada uno de tus vellos, hasta que lo viste arrodillado frente a vos, desabotonando, ahora, el pantalón, y arancando casi con voracidad de fiera malherida, tu miembro. Fue todo tan rápido, que no se te ocurrió pensar nada, sólo que eras más fuerte, que debían probar esa fuerza para cotizarte definitivamente. Por eso, cuando el elevador se detuvo en el sétimo piso, le golpeaste el mentón de un rodillazo, hasta que el labio comenzó a sangrar. Allá nomás, lo levantaste con toda tu fuerza, lo arrinconaste contra un vértice, hasta que después de una lluvia de sopapos - que gozó con una risa nerviosa - empezaste a besar sus mejillas rosadas - y no te dio asco - a meter tu lengua en su boca - receca, alcoholizada - y no te dio asco - a tomar su cabellera sedosa entre tus manos ásperas - y no te dio asco - y en ese acto final, él se abrazó de tu cintura, mientras recostaba su cabeza contra tu camisa entreabierta y te pedía con su total debilidad "llevame a la cama, pardo, por favor", - obviando un mundo de sobrentendidos que nunca te cuestionaste, menos ahora en que tu fuerza se acrecía, en que todo tu poder se iba ejercitando en esos duros y cariñosos golpes - de tus manos rugosas sobre su rostro pulposo, levemente ensangrentado, que no vacilaste en sostener por un rato - dentro de la pileta, ya en el baño semidesnudos, ya en el apartamento privado. Luego, no te costó mucho llevarlo a la cama - cuántos sucios o sucias como vos se habrán puesto, allí, encima o debajo suyo - desnudarlo lentamente, para quedarte luego boca arriba, mirando el techo, con tu miembro semierecto, con su boca en él, hasta que apagó la luz, puso en posición flagelable su dócil trasero, mientras llevaba, con manos pulposas, tu pene hasta el orificio que le penetraste sin asco ni piedad, mientras él no sabía qué hacer con sus alaridos, ni vos con tus sudores. ¿Le sucede ¿recordás? es que se movía tan bien, esa putita vieja, recalentada, que descubriste en esa noche insólita, que no te costó mucho abrazar sus falsos pechos y en uno de sus tortuosos movimientos, llenarle el culo con tu laba hirviendo que le llegó a las enrañas más ocultas, según su grito de puta desenfrenada

da, el doctor. La inyección había cumplido su función. -
 Porque luego de un rato de tenerle dentro suyo, encendió-
 la veladora par mirarte con inéditos ojos de marica ale-
 gre mientras derramaba su sangre, sus lágrimas en tus la-
 bios, La inyección, pues, había cumplido su efecto y a -
 hora era el descanso. El descanso.

El descanso en el mundo de los sueños, de los sueños
 muy vagos, muy lejanos, sin gritos de torturados ni li-
 tos de mujeres jóvenes, ni balaceras, ni redadas, ni pi-
 canas, ni entrenamientos con instructores expertos. El -
 mundo del relajamiento muscular, mental, en el que los -
 sueños se atropellan muy lentamente, sin golpearse, sin -
 hacerse vivir cosa infelices que torturen o, simplemente,
 te hagan recordar que estás allí solo, abandonado, agóni-
 co, pero sobre todo solo. Esos sueños tan lánguidos, tan
 refrescantes, tampoco te propone la va a idea de abando-
 nar esa postura cómoda y laxa . . . la que estás envuelto. -
 Definitivamente envuelto. La inyección tiene sus efectos-
 mágicos. como el gradual despegue de un avión que te hace
 recorrer diferentes presiones, como una calle desierta con
 algún farol encendido a punto de morir : una llorizna que
 no moja, como una caña bebida recostado en un mostrador de
 manera olorosa, con olor propio, quiere decir, y distante.
 El mundo de los sueños del que no querés salir, porque los
 pedazos de tu vidate vienen dulces, agudos, como alfileres
 que apenas rozan tu piel, no agudos, como alfileres que a-
 penas rozan tu piel, no como brazas de cigarrillos apaga-
 dos en las espaldas de aquellas jo. encitas delgadas, con -
 quienes tú y los muchachos se ensañaban, cuando tenían -
 carta blanca para el bien, para el mal. Tú. siempre, ele-
 gías el mal, qué más remedio, en eso estabas, además redi-
 tuaba, y ya no hay tiempo de preguntarse cuántas cosas te
 fueron conduciendo allí.

Pero no importa, ya no, porque ahora está el sueño, -
 el dulce entredormirse que hace tanto tiempo no gozabas. -
 Sólo ahora lo comprobás y vale la pena aferrarse a él, al

dulce olor a mar que viene junto, al incitante aroma de tormenta de peces muertos que te reconcilia con un mundo parcialmente tuyo: la casa del Buceo - porque los ranchos ya habían sido demolidos casi totalmente - desde que te acostaste por primera vez con la Rosa, con su cuerpo blanco, fresco sin moretones aún. Podías dejar tu revólver lejos de allí, porque ése no se te aparece como un momento de violencia, porque deseás pensar que en el medio de la noche apareció Cecilia, delgada y alegre, en el cuerpo de Rosa, entre un aroma de acacias movidas por el viento y piernas serenadas por el temblor de tus manos, esa noche que se detiene flotando cercanísima en el medio del sueño, al cual llegarán, rápidas, pero respetuosas, otras noches, con pescadores silenciosos, sentados en pequeños banquitos caseros sobre la arena-empapada, entre los humildes faroles encandilando el mar, mientras algunos entraban a las olas con sus redes a mano, con algún brevísimo grito de algarabía que apenas alertaría a los peces en su nocturna ritual derrota. Noches de pescadores, noches muchas, bellas, con el niño que no conoce su destino de policía, tira, bilico, chivato, mientras alcanzan recipientes - abollados latas de aceite - semilleros de que - salada, carnada fresca y jugosa con alguna alga entrometida en el medio. Luego son manos ásperas y cálidas que acarician la cabeza rapada del partido descalzo, que luce orgulloso - en sus pocos años - la camisilla de su equipo preferido, levemente rasgada en el espaldar y un pantaloncito oscuro, de color más bien indeciso, más bien carnecita sucio e irresponsablemente magullada, escuálida pero feliz. Debés dejar entrar a Cecilia, que tímidamente lo pide, sin un gesto, bailoteando en el balancín de mimbre, con la misma blancura de su madre, con la lechura de la Rosa, con las acacias movidas por el viento, entre las que se escabulle una sonrisa que no sabés si es perdón, de ironía, de tristeza o simplemente de mirar por primera vez al padre. Debés optar por la amnistía que significa esa sonrisa igual a sí misma, llevaría - ¿por única vez? - al porque de diversiones, verla en su vestido resado, montando aquel pequeño caballo adornado de petates rojos y amarillos, con los que deseaba jugar Cecilia, au

que sus pequeñas manos no alcanzaron. Recogerla luego, - llevarla en tus brazos a otros juegos: ruedad giratorias autos guiados por control remoto en los que ambos simulaban acciones riesgos, mientras el cuerpo de Cecilia, oculta en tu pecho, mientras los autos nunca llegaban a golpearse, sino que una fuerza de repulsión, que Cecilia no entendía, los apartaba hacia la luz, hacia la salvación, hacia tu mano protectora que la alcanzaba luego a la calesita y finalmente al tren fantasma, donde gritaban juntos, - donde reían nerviosamente juntos, ante aquellas macabras - escenas luminosas que aparecían de golpe, en medio de aquel útero oscuro que era el miedo, el terror por cinco minutos, la frescura de Cecilia cerrando los ojos ante el espanto de aquellas figuras que siempre representaban la muerte, pero que nunca los llegaban a tocar, porque al salir del útero oscuro estaba la luz, el grito nervioso de otros niños, la fiesta de helados, de azúcar quemada y roja que se soplabá al aire, refrescos entre el viento del atardecer, que los fue llevando con los últimos remotos pájaros a otro sueño, después de la tarde preciosa, de la tarde. Cecilia a otro sueño. Pero todavía -invección sabía y última- te podés afincar en éste, en la fiesta familiar entre pizza y cerveza, en el vestido blanco y cursi de la Rosa, disimulando una gordura sin pretextos, tus bigotes, enérgicos, tu atuendo solemne y azul, tu corbata gris - perla, comola de los ministros, como las que usaban en las fiestas que miraban desde fuera, los abrazos, los gritos de alegría, los llantos previsibles, las canastas de flores que al anochecer ya se habían tornado mustias, el empapelado de la casa de la tía de Rosa, las bromas groseras las - gravas del terreno manchado de vino, arroz, sidra, algún clavel sucio y pisoteado, las infaltables canciones de moda, los manteles de nailon, la imponencia de la carne asada sobre brasas herrumbradas, los tíos borrachos, la luna menguante tranquila como esta Rosa inicia ya en algún momento. Cecilia jugando con los niños, sintiéndose feliz - de ver casar a sus papás y gritándole ingenuamente, entre risas guarangas de cuarentonas tetudas y vulgares y -ya sí,

ya sí- la presencia de algunos tiras que comienzan a proteger tu sudoimportancia, pero basta pegar algún tinguñazo con la memoria para echarlos al diablo que ya son las doce y hay que meterse en el imponente automóvil alquilado, numerosas rondas de vecinos, amigos, parientes, borrachos, niños, seres felices, irresponsables, Cecilia, enredaderas, claro de luna con paquetes de arroz que impiden la salida mientras los granos se introducen en los cuerpos transpirados, mojados, velludos, ásperos, que sólo se verán satisfechos al presenciar procaz y suciamente las intermitencias de los besos que se suceden en el auto iluminado, que arranca finalmente, dejando las rondas que bañan en la calle asfaltada, manchada de cerveza, vino e indecencia hasta llevarlos a la casa del balneario, donde cumplirán la otra parte del rito, alejados, tristes, rencorosos, con la felicidad anestésica que imprime el alcohol, y los cuerpos de veranos, castrados de Cecilia, pero además sin acacias movidas por el viento. Porque eso ya está en otro sueño. Claro, en otro sueño.

Este sueño parece abandonarte, aunque te resistas, evitando mover el brazo o la pierna que amenazan despertar, rechazando la fecunda obturación de la anestesia, esa metafórica de vino tibio que ha dejado mover sólo tu mente. Pero el terco orificio de la memoria te ofrece, ahora, sólo relámpagos, luminosos, crueles, relámpagos, sirenas lejanísimas, metralletas febrilmente empuñadas, cacerías, ratoneras, balazos por la espalda que te llevaron a una feroz carrera ascendiente o a aquel malherido, con su pierna quebrada y sangrante, que había arrojado su arma de caño corto y al que ordenaste quemar por todas las balas de tus mastines ciegos, que también querían escalar hasta llegarte.

Eso de la policía política te había prestigiado mucho. Y no eras un vulgar perseguidor de delincuentes comunes con los cuales te entendías muy bien- eras el jefe, el capo, el amo de una brigada siniestra y negra que ya tenía nombre propio y se mencionaba con terror, cuando tu veloz

automóvil negro -de fajina, claro- sin chapa identificatoria, devoraba irracionalmente el asfalto, imponía su presencia letal; por sus ventanas salían relucientes caños - que atronaban las calles, vulnerando puertas, ventanas, - cristales, muchachos, mendigos, amparados siempre por la sombra opulenta de la noche, protegidos por un poder enfermo y vicioso, que en su vacilación, en sus contradicciones en sus últimos estertores, apelaba a juglares del odio, del resentimiento, como vos, que estaban gozosamente -sádicamente- dispuestos a cantar cualquier canción de venalidad y muerte.

Por eso, es en vano que intentes recobrar el sueño, - por eso es que trates de serenar tus manos y piernas, quemadas, baleadas, amortajadas por una venda cada vez más - roja, como antes era en vano que tu fiebre criminal se detuviera en aquellas largas noches de tu "SS" southaneri ca, son jóvenes mancillados, obreros castrados, piernas y brazos quemados, toneles de agua donde se introduce la cabeza de la víctima hasta alcanzar el límite con la asfixia hasta revivirlo y volverlo a introducir hasta que - eras vos quien quedaba agotado, enrojecido insatisfecho, - y comenzaban tus patadas, a deshacer todo lo que tuviera - aliento, todo lo que se llamara vida, Las sombras te ampararon siempre la extraña desaparición de elementos - perturbadores del orden, la muerte de algún subversivo de quien nadie obtendrá respuesta, las amenazas personales, el poder político, el terror, la noche, el asco difícil - de penetrar porque es gratuito encontrarle un nombre.

Pero sobre todo el anonimato, la soloda conciencia - de que el sistema no tiene nombres propios. La cobardía - organizada también: todo eso te volvía invulnerable. - Hasta que llegaron las primeras advertencias, las primeras - cargas, las primeras luces que, como un espejo retrovisor, te mostraban la cara del animal estúpido y feroz, - cazable, en fin. Pero continuabas más irritable e in -

consciente más fácilmente condenado o vulnerable, más miserable acaso. Las torturas se multiplicaban, el auto negro corría a mayor velocidad, expeliendo más balas. La Rosa era un estropajo de moretones, lágrimas, vergüenzas y hasta un hilo de sangre llegó a nacer en el labio de Cecilia, como una vertiente que no se detenía nunca, la noche que tu mano la golpeó por primera vez. Pero ya no te arrepentiste. Qué importaba, qué importa nada cuando uno corre furioso, seguro, cuando el auto, personal reconocible, desciende suavemente por la rambla en la mañana fría y uno conduce como siempre, equilibradamente, sin despertar sospechas, como un pulcro ejecutivo que iniciará, distrído de cualquier problema marginal, la jornada redituable en su empresa. Uno guía su auto rojo entre otros pocos autos que se le cruzan velozmente, uno enciende el primer cigarrillo del día, siempre por la rambla desierta y fría, se acerca a su trabajo, pero uno advierte de golpe, entonces, que algunos autos se les aparecen y le comelen a atracar sobre el cordón de la vereda, si no quiere volar, y advierte también una camioneta lenta que le impide recobrar velocidad, mientras todos, maquinalmente, se van deteniendo, cuando vos te detenes y bajan de sus autos, se acercan con tus mismas armas y todo intento de defensa en vano, porque ya las metralletas y los revólveres se vacían en tu cuerpo y aun que uno quiere sentirse un héroe del cine de los "twenties" en vez de la basura que realmente es, sería aferrarse a una idea estúpida, porque ya todo es sangre, olor a carne quemada, chamuscada, podrida, y aferrarse a otra idea que no sea esa realidad es gratuito como lo es ahora agerrarse al sueño, a la anestesia que ya no sirve, al sueño en la sala vacía, en que el hombre estira el brazo para poder levantarse, pero parece que se le rompe, y en una nueva locura de la sala de soledad estira la pierna para poder caminar, pero es en vano. Estira la pata y eso, así sólo eso, vulgar, sucio: estira eso, la pata.

Estira la pata.

La pata.

----- 0 -----